



Prot. N° (1) 1318 / 2023

Carta a toda la Diócesis

Estimados hermanos y hermanas,
¡Que el Señor les dé la paz!

Estamos atravesando uno de los períodos más difíciles y dolorosos de nuestra historia reciente. Desde hace más de dos semanas, nos inundan imágenes de horror, que han despertado antiguos traumas, abierto nuevas heridas y hecho estallar el dolor, la frustración y la rabia dentro de todos nosotros. Mucho parece hablar de muerte y odio sin fin. Muchos "por qué" se superponen en nuestra mente, aumentando así nuestra sensación de desconcierto.

El mundo entero mira a esta Tierra Santa nuestra, como un lugar que es causa constante de guerras y divisiones. Precisamente por eso, fue hermoso que hace unos días, el mundo entero se uniera a nosotros con una jornada de oración y ayuno por la paz. Una hermosa mirada a Tierra Santa y un momento importante de unidad con nuestra Iglesia. Y esta mirada continúa. El 27 de octubre, el Papa ha convocado una segunda jornada de oración y ayuno, para que nuestra intercesión continúe. Será un día que celebraremos con convicción. Es quizás lo principal que podemos hacer los cristianos en este momento: orar, hacer penitencia, interceder. Y por esto damos gracias al Santo Padre desde el fondo de nuestro corazón.

En todo este fragor donde el ruido ensordecedor de las bombas se mezcla con las muchas voces de dolor y los tantos sentimientos contradictorios, siento la necesidad de compartir con vosotros una palabra que tiene su origen en el Evangelio de Jesús, porque al fin y al cabo es de ahí de donde todos debemos partir y allí donde debemos volver siempre. Una palabra del Evangelio que nos ayuda a vivir este trágico momento uniendo nuestros sentimientos a los de Jesús.

Mirar a Jesús, por supuesto, no significa sentirse exento del deber de decir, denunciar, recordar, así como consolar y animar. Como hemos escuchado en el Evangelio del domingo pasado, es necesario dar «al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21). Por eso, mirando a Dios, queremos, ante todo, dar al César lo que es suyo.

Mi conciencia y mi deber moral me obligan a declarar claramente que lo que ocurrió el 7 de octubre en el sur de Israel no es en modo alguno admisible y no podemos dejar de condenarlo. No hay razón para semejante atrocidad. Sí, tenemos el deber de afirmarlo y denunciarlo. El recurso a la violencia no es compatible con el Evangelio y no conduce a la paz. La vida de cada persona humana tiene igual dignidad ante Dios, que nos ha creado a todos a Su imagen.

Sin embargo, la misma conciencia, con un gran peso en mi corazón, me lleva hoy a afirmar con la misma claridad que este nuevo ciclo de violencia ha provocado más de cinco mil muertes en Gaza, entre ellas muchas mujeres y niños, decenas de miles de heridos, barrios arrasados, falta de medicamentos, agua y artículos de primera necesidad

para más de dos millones de personas. Son tragedias que no se comprenden y que tenemos el deber de denunciar y condenar sin reservas. Los continuos e intensos bombardeos que han estado golpeando Gaza durante días solo causarán muerte y destrucción y no harán más que aumentar el odio y el resentimiento, no resolverán ningún problema, sino que crearán otros nuevos. Es hora de detener esta guerra, esta violencia sin sentido.

Sólo si se pone fin a decenios de ocupación y a sus trágicas consecuencias, y se da una perspectiva nacional clara y segura al pueblo palestino se puede iniciar un proceso de paz serio. Si este problema no se resuelve de raíz, nunca habrá la estabilidad que todos queremos. La tragedia de estos días debe llevarnos a todos, religiosos, políticos, sociedad civil, comunidad internacional, a un compromiso más serio en este sentido que el que se ha hecho hasta ahora. Solo así podremos evitar más tragedias como la que estamos viviendo ahora. Se lo debemos a las muchas, demasiadas víctimas de estos días y de todos estos años. No tenemos derecho a dejar esta tarea a otros.

Pero no puedo vivir este tiempo tan doloroso sin volver la mirada hacia arriba, sin mirar a Cristo, sin que la fe ilumine mi forma de ver y vuestra forma de ver lo que estamos viviendo, sin volver el pensamiento a Dios. Necesitamos una Palabra que nos acompañe, nos consuele y nos anime. La necesitamos como el aire que respiramos.

«Os he dicho esto para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulaciones, pero tened ánimo: ¡yo he vencido al mundo!» (Juan 16,33).

Nos encontramos en vísperas de la pasión de Jesús. Él dirige estas palabras a sus discípulos, que pronto serán zarandeados como en una tormenta ante su muerte. Entrarán en pánico, se dispersarán y huirán, como ovejas sin pastor.

Pero esta última palabra de Jesús es un estímulo. No dice que va a ganar, sino que ya ganó. Incluso en el drama venidero, los discípulos podrán tener paz. Esto no es una paz irenista y teórica, ni es una resignación al hecho de que el mundo es malo y que no hay nada que podamos hacer para cambiarlo. Sino de tener la certeza de que fue precisamente en medio de toda esta maldad que Jesús salió victorioso. A pesar del mal que asola al mundo, Jesús logró una victoria, estableció una nueva realidad, un nuevo orden, que después de la resurrección será asumido por los discípulos renacidos en el Espíritu.

Es en la cruz donde Jesús venció. Ni con las armas, ni con el poder político, ni con grandes medios, ni imponiéndose. La paz de la que habla no tiene nada que ver con la victoria sobre el otro. Conquistó el mundo, amándolo. Es verdad que en la cruz comienza una nueva realidad y un nuevo orden, el de quien da la vida por amor. Y con la Resurrección y el don del Espíritu, esa realidad y ese orden pertenecen a sus discípulos. A nosotros. La respuesta de Dios a la pregunta de ¿por qué los justos sufren? no es una explicación, sino una Presencia. Es Cristo en la cruz.

En esto apostamos nuestra fe hoy. Jesús habla correctamente de valentía en ese versículo. Una paz como esta, un amor como este, requiere un gran coraje.

Tener el coraje del amor y de la paz aquí, hoy, significa no permitir que el odio, la venganza, la ira y el dolor ocupen todo el espacio de nuestro corazón, de nuestros discursos, de nuestro pensamiento. Significa comprometernos personalmente con la justicia, ser capaces de afirmar y denunciar la dolorosa verdad de injusticia y maldad que nos rodea, sin que ello contamine nuestras relaciones. Significa comprometerse, estar convencido de que vale la pena hacer todo lo posible por la paz, la justicia, la igualdad y la reconciliación. Nuestro discurso no debe estar lleno de muerte y puertas cerradas. Por el contrario, nuestras palabras deben ser creativas, dar vida, crear perspectivas, abrir horizontes.

Se necesita coraje para poder exigir justicia sin propagar el odio. Se necesita coraje para pedir misericordia, para rechazar la opresión, para promover la igualdad sin exigir uniformidad, para mantenerse libre. Se necesita coraje hoy, incluso en nuestra Diócesis y en nuestras comunidades, para mantener la unidad, para sentirnos unidos unos con otros, a pesar de la diversidad de nuestras opiniones, sensibilidades y visiones.

Quiero, queremos ser parte de este nuevo orden que Cristo ha inaugurado. Queremos pedirle a Dios ese coraje. Queremos ser victoriosos sobre el mundo, asumiendo sobre nosotros esa misma Cruz, que también es nuestra, hecha de dolor y de amor, de verdad y de miedo, de injusticia y de don, de grito y de perdón.

Rezo por todos nosotros, y especialmente por la pequeña comunidad de Gaza, que es la que más sufre. En particular, nuestro pensamiento se dirige a los 18 hermanos y hermanas que han fallecido recientemente, así como a sus familias que conocemos personalmente. Su dolor es grande y, sin embargo, cada día me doy más cuenta de que están en paz. Asustados, conmocionados, angustiados, pero con paz en sus corazones. Todos estamos con ellos, en la oración y en la solidaridad concreta, agradeciéndoles su hermoso testimonio.

Finalmente, recemos por todas las víctimas inocentes. El sufrimiento de los inocentes ante Dios tiene un valor precioso y redentor, porque está unido al sufrimiento redentor de Cristo. ¡Que su sufrimiento acerque cada vez más la paz!

Nos acercamos a la solemnidad de la Reina de Palestina, patrona de nuestra diócesis. Ese santuario fue erigido en otro tiempo de guerra, y fue elegido como un lugar especial para orar por la paz. ¡En esos días volveremos a consagrar nuestra Iglesia y nuestra tierra a la Reina de Palestina! Pido a todas las iglesias del mundo que se unan al Santo Padre y a nosotros en la oración y en la búsqueda de la justicia y la paz.

Este año no podremos volver a reunirnos todos, porque la situación no lo permite. Pero estoy seguro de que toda la diócesis estará unida ese día para rezar en unidad y solidaridad por la paz, no la del mundo, sino la que Cristo nos da.

Con mis oraciones,



A handwritten signature in blue ink, reading "Pierbattista Pizzaballa".

†Pierbattista Card. Pizzaballa
Patriarca latino de Jerusalén

Jerusalén, 24 octubre de 2023